



Domingo, 21 de noviembre 2004

La Lectura

Lucas 23:33-43

Los últimos domingos, hemos sido introducidos al tema de la resurrección. Hoy podemos ver el por qué... Jesús está a punto de morir. Sus conflictos con los judíos llegarían a tal nivel, que ellos mismos exigirían su muerte a los gobernadores romanos. Como veremos en la presente lectura, Jesús incluso con la muerte sobre sí, es misericordioso y siempre está dispuesto a perdonar y a dar vida a quienes se la piden.

Jesús, en la cruz, pide perdón al Padre por los actos de sus hijos. Es en la cruz que Jesús nos revela su misión esencial, darnos la vida a través del perdón de los pecados. ¡Y sí! Muchas veces no sabemos lo que hacemos y otras nos equivocamos cuando tratamos de hacer las cosas bien. Dios sabe esto y sabe que nuestro pecado está demasiado arraigado en nosotros como para que podamos actuar por nosotros mismos. Es por esto que necesitamos a Jesús en nuestras vidas, para que sea Él quien nos dé el perdón que tanto necesitamos. Si no obtenemos el perdón, nuestra vida jamás estará completa, ya que tendremos una espina clavada en nuestro corazón, que irá debilitándolo cada vez más. Sólo Jesús con su muerte y resurrección puede sacar esa espina y transformarla en fe.

El pueblo no entendía el motivo de la muerte de Jesús. Mucha gente lo quería hacer rey, para que gobierne sobre el mundo. Pero Jesús no quiso ser como son los reyes en nuestro mundo, que matan, roban y tratan mal a sus siervos. Jesús es todo lo contrario, Él vino, como rey, a servir al mundo para que se pueda salvar. El Reinado que Jesús quiere instaurar no es como los de este mundo, sino del estilo del Reino de Dios en donde se vive en justicia y amor. Los judíos molestaban a Jesús y le decían que demostrara ser el Hijo de Dios y el Mesías, salvándose a sí mismo, pero en realidad, era todo lo contrario, Jesús mostró que era el Elegido, el Mesías, el verdadero Hijo de Dios, precisamente por no salvarse a sí mismo, sino al dar su vida por la salvación de otros, de todos nosotros los que confesamos nuestra fe en Él.

Jesús no perdió momento alguno para predicar y enseñar su salvación a sus discípulos y a todos cuantos le seguían. No pierde tiempo para mostrar su amor por la humanidad y para producir más conversos a la verdadera fe. Es en la misma cruz, que Jesús escucha la confesión de uno de los malhechores que

estaban clavados junto a Él, y no le recrimina sus acciones ni hace un recuento de su vida, sino que simplemente acepta su arrepentimiento, acepta su confesión y le asegura su lugar en el Paraíso. Ese malhechor ahora tiene vida, vida eterna. Él confesó a Cristo como su rey y quiso vivir en su Reino. Jesús lo acepta sin pedir nada a cambio y le da la verdadera vida.

Cada uno de nosotros tiene dentro de sí a ambos malhechores que compartían la cruz con Jesús. A veces nos mostramos como el primero, que insultaba a Jesús y que no entendía su misión. Otras, las menos, tratamos de ser como el segundo malhechor, que confesamos a Cristo y damos testimonio de que queremos vivir con Él. Nuestra vida se mueve entre estas dos líneas, pero sólo una nos muestra el camino de vida plena. Nosotros que no estamos condenados a muerte como los tres en el Gólgota, podemos vivir en el Paraíso junto a Cristo, y eso lo hacemos desde hoy. El Reino de Dios, el Paraíso, ya ha llegado a la tierra con Cristo y si queremos vivir con Él, sólo tenemos que dar testimonio y actuar como Él nos enseñó. No esperemos a estar ante la muerte para confesar a Cristo, sino que aprovechemos de hacerlo ahora, para poder servirle por más tiempo y ayudar a más gente que necesita ser perdonada y consolada con la salvación ganada por Jesús.

La Actividad

Actividad sugerida

Objetivo: Reconocer a Jesús como nuestro Salvador y comprender que con su perdón, tenemos vida.

Materiales: Una caja grande como para regalo con varias tarjetas. Cada tarjeta tendrá escrito el nombre de uno de los chicos y por el otro lado saldrá escrito: "Dios te perdona todos tus pecados por medio de Jesús" y una cruz de goma eva o dibujada.

La dinámica consiste en que todos los chicos se ponen en un círculo alrededor de la caja. La caja, envuelta como si fuera un regalo, tendrá adentro las tarjetas. Preguntamos a los chicos: ¿Si Dios les diera un regalo, cuál creen que sería? Muchos dirán un autito, una muñeca, etc. Pueden adivinar un rato y uno los puede ayudar dándoles pistas de cómo actúa Dios y señalando que el amor de Dios va más allá que las cosas materiales. Lo que está dentro de la caja es mucho más importante. Podemos tomar la caja, darla vuelta, creando incertidumbre y ansiedad en los presentes, ya que sólo se escucharán unos papeles adentro. Luego, les pedimos a los chicos que digan en voz alta, algún pecado que cometieron en la semana. De paso se va practicando el tema de la confesión con los niños. Veamos cómo se siente cada uno luego de haberle hecho mal a alguien y cómo nos arrepentimos de ello. Dios quiere que nos amemos, no que nos tratemos mal. Al terminar la ronda de confesiones, cada chico podrá meter su mano en la caja y sacar un papelito o regalito personal. Precisamente ese regalo tan grande es el perdón de Dios. Ese perdón lo obtenemos por confesar nuestros pecados y por creer en Jesús. Así le pasó al hombre crucificado al lado de Jesús, quien por creer en Él y defenderlo, fue perdonado por todas

sus fechorías y Jesús le prometió que iba a estar con Él siempre. Todos nosotros queremos estar con Jesús, pero para estarlo, tenemos que tratar de cumplir sus mandamientos. Si nos queremos entre nosotros y si queremos a Jesús, estamos seguros que Él estará con nosotros y que nos dará el regalo más preciado que nos hayan dado: el perdón de los pecados. Algunos chicos pueden mostrarse angustiados por el hecho de recibir un simple papel de regalo, en especial los que no saben leer, pero la idea es aprender que no todo lo importante es material o sirve para jugar, sino que hay cosas que no vemos o que no entendemos que también nos hacen felices. De todas formas el dibujo de la cruz servirá para que los más pequeños también puedan reflexionar. ¿No somos acaso más felices cuando estamos bien con nuestros hermanos y hermanas? ¿Acaso no preferimos reír con nuestros padres, antes de que nos reten? ¿No es mejor entonces aceptar este regalo de Dios y sentir su amor desde hoy mismo? Jesús murió por nosotros para darnos este perdón. Él decidió voluntariamente morir para que nosotros tengamos vida en Él. Aceptemos este regalo con alegría y aprovechemos nuestra vida, esa vida que tenemos gracias a Él.



Les recordamos que pueden encontrar este número de La Página Semanal, así como los anteriores, en la página Web de la IELU www.ielu.org. En la barra del costado izquierdo pueden ingresar al link llamado [Catequesis](#) y encontrarlos.

Iglesia Evangélica Luterana Unida
Marcos Sastre 2891 – C1417FYE Buenos Aires
Tel: 4501-3925 Fax: 4504-7358 catequesis@ielu.org

Tenemos presente que...

Habacuc

De este personaje bíblico solamente sabemos que fue un profeta y que se llamaba Habacuc (Hab.1:1), su libro no incluye ningún dato personal ni en parte alguna del Antiguo o del Nuevo Testamento se vuelve a mencionar su nombre.

Partiendo de la referencia que en Hab.1:6 se hace a «los caldeos, ese pueblo salvaje e impetuoso», algunos han deducido que Habacuc profetizó en tiempos cercanos a la destrucción de Nínive (612 a.C.) o posterior. “Caldeos” se llamaba al imperio Babilónico, por lo cual se puede suponer que da un mensaje durante la opresión de este pueblo durante este período. Recordemos que el pueblo de Israel estuvo bajo las manos de los babilonios entre el 587 y el 538 a.C., donde se dio el gran Exilio que cambiaría la vida y fe del pueblo para siempre.

Habacuc no se une a los demás profetas que reprochan al pueblo y lo amenazan con el castigo. Al igual que Job, él se plantea el problema del mal. Discute con Dios, se queja por el triunfo de las naciones paganas sobre el pueblo de Dios; en este caso de Babilonia. Por más que Israel sea culpable y merezca el castigo, ¿no son peores los otros pueblos?, ¿cómo puede Dios convertirlos en el instrumento de su castigo?

La respuesta del Señor es un llamado a la paciencia. También esas naciones, las naciones paganas, recibirán su merecido. Dios hará justicia a su tiempo. Mientras tanto, el justo «vivirá por su fe» (Hab. 2:4), texto que siglos después tomaría Pablo para entender la salvación en Jesús. Basándose en la traducción griega de este texto, Pablo lee aquí la salvación del cristiano por la fe, la fe justifica, librándonos del pecado y dándonos la vida eterna (Rom. 1:17; Gál. 3:11). También volvemos a encontrar este texto en la Carta a los Hebreos, dentro de una exhortación a perseverar en la fe (Heb. 10:37-38).

«Aquel cuya alma no es recta se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá»

Habacuc 2:4

